



PECE DE LA FLORA

SEBASTIÁN OÑA ÁLAVA

severo
EDITORIAL



Un pececillo en Flores
Una historia larga, rota y tonta
con comida bebida

Para Dani, Pablo y Lau
con amor, mucho

el viento se llevó las palabras que no acabaron muertas, emparedadas

like a child with dynamite: innocent of its own power for alteration

FAULKNER

Una tarde que me estaba sobando la nuca, escuchando los parlantes chirriantes de mi viejo equipo de lps electrolux, pensé en voz muy alta: vamonós. Entonces ya estaba en la calle, andando nomás así como podía hacerlo. Se me antojó carne negra de puta dominicana y un sándwich de milanesa al mismo tiempo. Primero comer, tomar cerveza, esperar y después cular. A la inversa, no; dependiendo de tantas cosas podría salir del cuarto sucio con más náuseas que hambre. Así estuve un rato masticando los trozos de carne, pan y lechuga que arrancaba con los dientes y remojaba con cerveza haciendo buches. De noche me senté frente al equipo y pensé: vamonós.

Vino el Turco a joder que no sé qué de los terroristas ahí aparcados frente al carrito de comidas rápidas. Estaban iracundos pidiendo más pickles y cebollín para sus hamburguesas: ¡qué turros! Me calcé chanclas y salí furioso a espartar moscas con trapo y spray. A mí que me joda más nadie, no. Se largó a llover mientras depositaba el pie en la vereda desde el umbral al pavimento. Y así solo con musculosa tal vez me podría resfriar. Volví.

Saltó la aguja y poco a poco el long play fue desacelerando. Hora de comer. Después todo: again. Y estaba por morfarme una negra que no me había comido. Porque. Por

qué, qué. Hambre, ya no; gracias. A caminar nomás. A caminar tambaleante, directo. Así: pájaros en los bolsillos, deudas cautas, contando billetes. Ahhhhh: así sonaba más o menos la máquina gastada y aceitada. Pasos, pasos y allá. Los pepinos y las deudas. Los pepinillos y la máquina de matar ratas. Todas las putas RATas. Y más pickles: más, ¡más!

Bajé cauteloso las patas de la mesa para no desacomodarme mucho y estirando la mano saqué un pedazo de pizza de la caja de cartón. El queso achiclado es lo más rico que conozco. Pero no había queso, sino un trozo de ojo de pescado muerto sin iris y sin párpado, hediondo bajo mi nariz. Volví a depositar el pedazo junto a sus hermanos y me relajé pensando en el banquete que brindaba esa noche. Trece comensales y a partir de ahí sabía ya que las puertas se abrirían para un desfile de despropósitos y aventuras multiplicadas por 13 y más.

Vienen el loria, el gato, el chino y sus tres nenas: Cecilia, Emilia, María José; el doctor Juan Manuel, Vitico (¿confirmó?); Rosita, Aye, Guadalupe; el bato, el Rucio, Verboski, Suárez y Emilda. ¡Por favor que venga Emilda! Por favor. Los besos que da son amplios y abre mucho la boca y usa mucho la lengua.

Puse a calentar agua en tres ollas amplias, con un poquito de aceite de oliva y otro poco de sal. Era mejor, en todo caso, que arañar empanadas en el café Huevoín's, o pellizcar huevos duros en el homónimo, entre pases y fernets. Los tallarines son precisos, incluso listos horas antes de. Acomodando la mesa, puse el salero, el feto de un gato embotellado, dos o tres tibias resacas, albahaca fresca, parmesano, ají y un botellón de Ron Don Q, la garrafa alegre del caribe.

Cerca de la medianoche me di una vueltita por el carro y ahí estaba el Turco, tirando hamburguesas sobre la plancha

mientras jugaba con un cigarrillo en la comisura de los labios con la boca bien trompuda como esperando que la ceniza al caer ni siquiera le rozara la panza. Dos comensales más y cerraba, dijo. Pero seguían llegando los hambreados. Me di media vuelta y volví a mi cuadra y media de confort a escuchar algo de música y a comer un par de huevos duros con sal.

Tendí el mantel blanco y puse servilletas celestes, vasos, no flores. Salí hasta el carrito para ver al Turco. Repeat. Los terroristas se fueron, me dijo, jugando con el pucho, pero ¿volverán? Y arrugó el cejo. ¡Más pickles!

Repeat.

Puse un disco lento. A ratos —no pocos— se escuchaba más la púa que las notas. Me fui adormeciendo, soltando la mano que bajaba hacia el cartón; los dedos quedaron a un par de centímetros de un pedazo de pizza. Después dormité y me sumergí con mano y todo hasta el cartón y más allá. Y calentito quedé, apapachado no sé cuánto: me despertó el timbrazo.

Había hambre en el ambiente, casi se podían escuchar las tripas tiritando, soportando el vino y el ron que bajaba a empozarse. Yo soy de luces altas pero todo el tiempo entre que entraba y salía de la cocina ya me habían acomodado la sala-comedor como pista de baile, a ratos, o como hall de hotelito, según los calores; así que ya ni encendía ni pedía que encendieran las luces. El murmullo había tapado la música cuyos bajos vibraban hacia el suelo entre los vagos que se habían acomodado con cojines en el suelo. Nadie se había acercado todavía a la mesa de comedor. Las sillas seguían quietas en su lugar. La mayoría descansaba sus espaldas contra las tres paredes libres y Emilda me ayudaba a despejar la mesa ratona para acomodar las aceitunas, el queso y el

pan para picar. Con el rabo del ojo pude ver al Rucio que empezaba a sonreír y a charlar animadamente con el doctor Juan Manuel y Aye. Todavía era temprano pero ya se estaban atizando fuerte.

En la mañana estuve esperando las lluvias que sentía con el humeral. Había apagado todo ruido y miraba expectante las paredes sucias del patio a través de la puerta de vidrio. El Turco estaba trabajando a media máquina por la falta de clientes (los que le temen al agua) y no había desplegado toda la valla publicitaria para poder cerrar el *fast food truck* de un par de patadas si se largaba la tormenta. De imaginar al Turco tirando sin fe una hamburguesa en la plancha caliente, y de ver el humo y la grasa emerger de la carne molida rejuntada, brotó, con una fuerza descomunal que hizo que el pene se me convirtiera en un convidado de piedra en un santiamén, el culo, el culazo de Aye atrapada, violada por las calzas que se había puesto y no se había dejado sacar, por más que un momento pensé que no podría detener tantas manos que le querían entrar en plena pista de baile, mi sala-comedor, ya cuando el sol salía y hasta los vecinos se habían quedado dormidos. Me acuerdo que estaba sentado charlando con no sé quién, cuando se me puso a un metro de distancia (es más bien pequeña y mi sofá es bajo) y me preguntó algo, a lo que respondí al instante mirando su esplendoroso camel toe antes que sus ojos grises, fríos. Después rio con su risa imbécil que convocó miradas, palmoteos y manos que estrujándose salvajes se mentían, cayendo pesadas en la trampa: aunque parecía que sí, aunque esa concha vociferaba que sí, nadie se la iba a culear.

La mesa está servida cantó el Rucio, y me despabiló desde el marco de la puerta de la cocina ya que yo andaba retando a

los invitados a que guardaran silencio para que el doctor Juan Manuel tocara una rapsodia de su autoría. Así que las miradas fueron del pianito a la mesa y sólo ante el vacío se hizo el silencio. ¡No había langostas ni conchas!, y esa impresión duró de cinco a siete minutos. Las miradas se colgaron hacia el piso rebuscando entre las patas que volvieron a proyectar un baile y giraron hacia la ratona donde se encontraron con lo que quedaba de la picada en los platitos: nada. El silencio y el vacío se esfumaron (más bien se extendió la idea, entre carillos flacos y flecos necios —era la moda unisex impuesta ese año por los rolingas—, que el hambre iba a durar un rato más); volvió la cháchara y el doctor Juan Manuel apenas sin desplegar los labios y sin sonido alguno emitido mandó a la recalcada concha de su madre a todos los presentes. Después se volteó y sonrió a la abstracción de contornos de torsos que tenía más a la mano.

Al Rucio lo mandé a descorchar otro par de botellas de vino para que dejara de huevear. Por el momento había resguardado su apuesta. Los vinos de cartón se iban arrinconando en la mesada de la cocina para los últimos espasmos, bostezos e hipos. El ron sí corría rápido. Entonces oí con claridad la voz educada y medida de Verboski que repetía: ¡no puede ser, no puede ser! Destapé las ollas con el agua que hervía por segunda vez y estuve a punto de remojar los tallarines. No fue vino, decía esta vez el chino o el bato desde el dormitorio: no vino, y no, nunca fue, no vino —y lo interrumpió la ráfaga hermosa de la risa de María José—, y continuaba el chino o el bato: así que no llegó y pidieron, jodieron y esperaron: vino. Y el Rucio desde el umbral de la cocina —porque había vuelto—, extendió su mirada sobre los más pequeños (pronosticando quién caería primero en el sueño de la borrachera), jugándose a sí mismo otra de sus apuestas, a ver si perdía ante algún enano (¿el chino o el bato?), su presa.

Entonces, largué un tallarín para tantear la temperatura del agua.

Desperté y largué las chanclas. Tenía ese zumbido en la oreja izquierda. Escuchaba un disco, una trompeta que me llegaba rota. Rota será tu puta madre me susurraron en el oído. A veces pasaba, ya no hacía caso ni al cambio de género o modulaciones, singulares o plurales, mucho menos a los insultos. Me preparé un sánduche de atún en pan negro. Con un vaso de agua lo pasaba de tanto en tanto, evitando eso sí que el pan se ablandara en mi boca, y que el atún saborizara el agua.

Exquisitez, murmuró el Turco colocando un par de salames a una hamburguesa que un gordito de lentes esperaba relamiéndose la pelusa adolescente. El Turco estaba dichoso de su nuevo invento y sus cinco pesos de ganancia. Mañana franco deslizó, esperando que lo sobornara, pero guardé silencio y esperé que solo cayera en que mañana era feriado, con lo que él ganaba el triple y yo, el doble. Ya sé, ya sé dijo, pero estoy de novio, alzó la ceja, dio la vuelta a una hamburguesa y por reflejo guardó la panza. Pero qué vas a estar de novio vos, turco colombiano, dejate de joder, le dijo el mozalbeta huyendo con su ganancia pero olvidando el vuelto, mientras un pan y un pedazo de tomate le golpeaban la nuca. Alguna gente que pasaba volteó para vernos con su distancia arrogante. Dos por uno gritó el Turco, las caras cambiaron los rictus amargos pero nadie se acercó. Le palmeé el hombro. Vuelvo a las doce.

Corrí las sábanas para ver quién dormía en mi cama. Antes de destaparlos por completo (adiviné seis piernas entre las dunas de las sábanas), me fijé en la mesa de luz: tres líneas y media gruesas de merca, un vaso de ron con un pucho

clavado y una botella de vino vacía. Con esas nuevas pistas pronostiqué tres series: el gato, el chino, María José; el Rucio, Emilda, Guadalupe; el bato, María José, el chino. Los desnudé por completo. Estaban el chino y Majo, cosa que habló más o menos bien de mi poder de deducción. Pero me obnubilaron las sorpresas —lo que hizo que se me levantaran ambas cejas—: el doctor Juan Manuel lucía una tanga que apenas le cubría el pedazo de verga que, me enteré ese rato, ha sabido tener. También en mi cama reposaba uno de esos africanos que venden baratijas en la calle (un negro al que no había visto en mi puta vida) y que tenía una verga tan tan grande que al lado de esa la del doctor Juan Manuel parecía chiquita y la del chino no existía. El negro reposaba la cabeza sobre el pecho del chino y lo abrazaba por la cintura. Sus piernas semidobladas estaban medio ocultas entre los carrizos del chino. Tras la espalda del negro, pero con el rostro hacia el techo, María José se había dormido apretando la culebra del africano y sonreía con una paz tan tierna que me acerqué a darle un beso en la frente. Apenas se movió, rezongó sin abrir los ojos y continuó durmiendo tranquila sin soltar su presa. Los pies que me faltaban estaban sobre las almohadas. Era Emilda que dormía de cabeza, contraria a las piernas del doctor Juan Manuel, y entre ellos, apenas unos centímetros, parecía que había un abismo. A ellos los volví a tapar, pensando en la cocaína y el gatillazo del laureado psiquiatra.

Domingo al mediodía, con resaca, me fui a la Porota a comerme un choripán acompañado de un litro de cerveza. Siempre iba a la barra del parrillero, nunca ocupaba las mesas. Ahí escuchaba los disparates del asador. Quieto sobre mi banca, comía y veía a la izquierda los grandes despojos de vacas colgados de ganchos, las bandejas hondas con chorizos

flotando en sangre y frente a mí los carbones roji blancos, la parrilla, los cortes asándose. Solo giraba la cabeza para ver irse a la camarera que llevaba los trozos de carne a las mesas de mantel, mientras el parrillero, un cholo grandote al que en mi cabeza trataba de Raúl, le decía como siempre y cada vez, chau mi amor, guiñándome un ojo e invitándome a no despegar la mirada de ese hermoso culo en su máxima expresión con el jean ceñido. Ya ida, él se daba la vuelta, me mostraba su gorra de 2 minutos, giraba los cortes sobre la parrilla y suspirando ay mamita o algo similar, me decía que en un par de horas se iba a su casa donde lo esperaba su mujer. Entonces yo maquinaba que el bruto este después de pervertir todo el día a la camarera seguramente llegaba a su casa como un toro, y tras abrir la puerta y una cerveza, desnudaba a su señora como un oso y se la culeaba sin siquiera voltear a ver si había visitas o los hijos estaban cerca, pegándole buches a su quilmes, cuando no tenía la boca ocupada.

Después de pagar y con esa imagen instalada, que me venía cada vez que visitaba la parrilla, agarré por atrás de la plaza para evitar Rivadavia y el desfile paranormal que dejaba el fin de semana largo. Crucé a un par de paqueros que buscaban putas según pude colegir de los gritos que me pegaban desde la vereda del frente, gritos a los que respondí con las manos sin saber bien qué gestos estaba transmitiendo, pues me había vuelto a la cabeza el culo de la camarera. Sin más que esa imagen y de golpe, me vi frente a la bicicletería que estaba abierta y eso, como una cachetada, me hizo aterrizar en la responsabilidad. Bajo un poster de The strongest, un boliviano petiso servía en unos vasos diminutos cerveza de una botella que se acababa y que ya servida no le alcanzó a ni a él ni al guatón dueño del negocio, su compatriota, ni para mojar los labios. Saludé, el enano salió a buscar otra biela, y le pedí al patrón la bici de Emilda que

estaba ahí desde el jueves a la tarde, totalmente corrompidos los ejes delanteros después de una de sus clásicas sacadas de chucha en una de las cunetas del barrio. Me dijo que lo esperara un rato, que acababa con lo que estaba y se encargaba de lo mío, cuando llegó el enano con una nueva cerveza. Se sentó en un banco, miró un rato a su alrededor las tres paredes, y finalmente sacó el tillo con uno de los vasos que se convirtió en astillas después del planazo que le pegó al pico de la botella. Sonriendo tontamente, sirvió cerveza en el vaso que quedaba. Miré al patrón y seguí el recorrido que había seguido el otro por las paredes atestadas de herramientas. El patrón siguió mi mirada hasta que coincidimos y ante mis hombros alzados y la vergüenza del otro sentenció: ¡es que es muy inteligente!, subrayando el muy. Ya con la bici de Emilda parqueada en el patio de mosaicos, entré a la cocina a calentarme un café viejo que encontré en un jarro de cerveza, lo único que quedaba de alimento en la casa.

Coloqué la aguja sobre el LP de PiL. Después agarré la escoba y la pala y empecé a barrer el piso lleno de cristales y demás mugres. Había un par de pendientes de esmeralda de fantasía, dos rombos espantosos que traté de adivinar en las orejas de alguno de los convidados pero fue en vano. Me llevaba mecánicamente la lata vacía de cerveza a la boca tratando de absorber algún resto que se me negaba una y otra vez. Alguien había eyaculado contra una pared, en un ángulo entre la lámpara de piso y el sofá. Intenté recordar algo que me llevara a despejar esa duda pero me di cuenta, después de darme vuelta un rato, que lo sorprendente no era eso sino que no encontrara más rastros en las otras tres paredes. Debajo del mueble donde está el equipo alguien había dejado una bombacha bastante fea, grande y usada, a la que levanté con el meñique y el pulgar como pidiéndole explicaciones. Puchos, ceniza, uno que otro escupitajo seco, tierra y poco más. Era lunes y hacía frío.

En la noche no pude sino salir a la calle a caminar y ver la helada venir. El cielo estaba limpio, el frío venía con el viento. Extrañaba al perro de Emilda al que había paseado hace unos meses, esa vez con calor. Entendí al instante que mi resaca ensalzaba histriónicamente un mensaje medio vedado: claramente necesitaba emborracharme. De regreso, con una botella de whisky nacional bajo el brazo, cruzando San Pedrito, una vieja fea afuera de un telo me susurró: vení un poquito, te chupo. Le vi los dientes y estaban bastante enteros y blancos. Entonces decidí, sin ir más lejos, olvidarme de cualquier complicación.

Más tarde pensé en todas las cosas que lograban que la verga no se me parara. Los muertos, los niños, la enfermedad, la merca. Ahí paré. Me serví tres vasos grandes, cada veinte minutos, de la botella de whisky local.